

# La condición del hombre corriente y el humanismo de George Orwell

Oriol Quintana Rubio

Institut Químic de Sarrià  
Universitat Ramon Llull  
E-mail: oriol.quintana@iqs.edu

Recibido: 23 de diciembre de 2017

Aceptado: 8 de enero de 2018

**RESUMEN:** Ante la pujanza del nazismo y del comunismo, George Orwell (1903-1950) defendió en sus novelas y escritos periodísticos, lo que podría llamarse un humanismo de condición media. No se debía aspirar a la construcción de una sociedad perfecta —la condición mixta del ser humano lo impedía—, sino simplemente, a una sociedad mejor. El cristianismo, basado en una visión excesivamente pesimista del hombre, proponía un ideal al que era inútil e innecesario aspirar. Sin embargo, Occidente, que tenía que recuperar sus raíces, no debía separarse de su herencia moral cristiana.

**PALABRAS CLAVE:** George Orwell, humanismo, *Coming Up for Air*, *Nineteen Eighty-Four*, humanismo cristiano.

## 1. El diagnóstico

George Orwell escribió el 30 de marzo de 1940:

«Recuerdo una jugarreta bastante cruel que una vez le hice a un avispón. Este estaba succionando mermelada de mi plato, y lo corté por la mitad. No prestó atención: simplemente siguió con su comida, y un diminuto hilillo de mermelada brotaba de su esófago partido. Solo cuando intentó salir volando se dio cuenta del hecho terrible que había sufrido. Pasa lo mismo con el hombre mo-

derno. Lo que se le ha cortado y arrancado es su alma, y ha habido un período —de quizás veinte años— durante el cual ni se ha dado cuenta»<sup>1</sup>.

En 1940, Orwell ya había publicado cuatro novelas y dos libros de

<sup>1</sup> G. ORWELL, "Notes on The Way", en *Time and Tide* (CW 12, 124). Todas las citas son extraídas de las obras completas (CW) de Orwell, editadas por Peter Davison. La primera cifra indica el volumen, y la segunda, la página: G. ORWELL, *The Complete Works of George Orwell*, Secker and Warburg, London 1998.

reportajes, incluyendo *Homage to Catalonia* (1938), sobre su participación en la Guerra Civil Española, y numerosos trabajos periodísticos. No era todavía conocido fuera de los ámbitos intelectuales y políticos. Sus *Animal Farm* y *Nineteen Eighty-Four* no saldrían hasta unos años más tarde. El año anterior, sin embargo, había alcanzado un peldaño más de notoriedad con su última novela, de 1939, que tuvo dos ediciones (algo que no había pasado con sus anteriores obras), pero cuya trayectoria comercial y crítica se vio truncada por el inicio de la Segunda Guerra Mundial. En realidad, el libro desapareció hasta tal punto que cuando, acabada la guerra, su nuevo editor le propuso volver a publicarla, Orwell, que no conservaba ningún ejemplar, puso un anuncio en un periódico ofreciéndose a comprárselo a quien tuviera una copia, y ante la falta de respuesta, al final optó por robar un ejemplar de la biblioteca pública. Se titulaba *Coming Up For Air* (Subir a por aire).

En ella narraba Orwell las desventuras de George Bowling, un vendedor de seguros que, en efecto, descubría un buen día que su alma se había perdido. Lo expresaba así: «Hay algo que se nos ha marchado estos últimos veinte años desde la guerra [la primera guerra mundial]: es una especie de fuerza vital [*vital juice*] que hemos ido derramando hasta que no

ha quedado nada» (CW 7, 177). El hombre moderno, en opinión de Orwell, había sufrido un tremendo desarraigo. George Bowling, por ejemplo, vivía en una urbanización nueva con sus dos hijos y su mujer, y tenía un sueldo correcto, un coche, y en general su trayectoria vital y profesional había sido objetivamente una historia de éxito y progreso respecto de sus orígenes humildes en la Inglaterra rural. Su padre, si viviera, reflexionaba Bowling, estaría francamente orgulloso y sorprendido de que su hijo hubiera logrado ese nivel de vida. Y, sin embargo, Bowling estaba profundamente insatisfecho. No se atrevía a confesarlo abiertamente a nadie, pero sentía con dolor que sus nuevas y notables comodidades vitales eran un fraude. Su infancia en *Lower Binfield*, y la vida de aquel entonces, a pesar de carecer de seguridad económica, a pesar de su cerrazón y provincianismo, de su falta de comodidades y perspectivas de futuro, fue una vida más vivible que la presente. ¿Qué la hacía diferente? Un mayor sentimiento de comunidad y el hecho de tener unas tradiciones vivas, creídas con mayor o menor entusiasmo según cada cual, pero que permitían experimentar un sentimiento de continuidad, sin la sensación permanente de que «el suelo estaba moviéndose bajo los pies de uno» (CW 7, 111), como ahora.

Diversos aspectos contribuían al desarraigo moderno: la aparición de las formas de vida urbanas, con los nuevos medios de transporte y comunicación, con sus cambios tecnológicos continuos. Y especialmente el surgimiento de nuevas ideologías que iban a sustituir el tradicional cristianismo, en el que, por desgracia, nadie parecía creer ya seriamente (CW 16, 106): «El verdadero problema de nuestro tiempo es reestablecer el sentido absoluto del bien y del mal cuando la creencia en la que solía apoyarse –esto es, la creencia en la inmortalidad personal– ha sido destruida»<sup>2</sup>. ¿Cómo hacer, pues, para volver a dotar de inspiración colectiva a una sociedad desarraigada?

### 2. Los enemigos

Orwell era un socialista democrático en el siguiente sentido. Creía firmemente en la hermandad fundamental de los seres humanos, y, por lo tanto, creía que valía la

pena luchar por una sociedad sin desigualdades, y creía que la gente común debería tener un fuerte control sobre los gobernantes. En la medida que el socialismo real se iba apartando de estas aspiraciones fundamentales, Orwell lo criticaba sin piedad. Este es el sentido de su *Animal Farm* (1945), una de sus obras más leídas. Sus críticas al socialismo, sin embargo, no se limitaban al abuso del poder y al abandono de la idea de igualdad. Anteriormente, Orwell había criticado un aspecto en realidad lateral del socialismo, pero que muchos consideraban indisolublemente unido a él: la idea de que el socialismo tenía que ir acompañado del desarrollo tecnológico.

Para Orwell el desarrollo tecnológico iba a desarraigar más a las personas. Ya en 1937 en su libro-reportaje *The Road to Wigan Pier* advertía Orwell que la insistencia en el progreso material le creaban más enemigos que aliados al socialismo, y que, en realidad, para no empeorar la situación del hombre moderno, era necesario que existiera una «especie de oposición permanente» (CW 5, 204) al desarrollo técnico. El desarrollo tecnológico era inevitable, pero debía ser humanizado. En un mundo con una tecnología plenamente desarrollada, en un mundo automatizado, las facultades humanas, que los humanistas más entusiasmados con la tecnología –como su ad-

---

<sup>2</sup> Crítica al libro de Albred Noyes, *The Edge of the Abyss*, publicada en *The Observer* (27 de febrero de 1944). Con respecto a la desaparición de la creencia en la inmortalidad personal como fundamento de la moral, véase también su columna *As I Please* en *Tribune* (3 de marzo de 1944) [CW 16, 399], en el que lamentaba que ni los mismos cristianos creyeran ya en la vida después de la muerte.

mirado Wells–, consideraban “divinas”, dejarían de tener ninguna utilidad:

«Todo progreso tecnológico se dirige a una eficiencia cada vez mayor; en último término, por lo tanto, hacia un mundo en el que *todo salga bien*. Pero en un mundo en el que todo saliera bien, muchas de las cualidades humanas que el señor Wells considera ‘divinas’ no serían más valiosas que la capacidad de los animales de mover las orejas» (CW 5, 180).

Orwell se daba perfecta cuenta de que para conseguir la igualdad era necesario el progreso tecno-económico, pero por lo mismo era necesario que hubiera una especie de oposición –del estilo moderado de la oposición democrática, no obstructionista ni completamente reaccionaria– a la tecnología. Orwell creía que una vida plenamente humana requería que la persona tuviera «grandes espacios de simplicidad» en su vida, es decir, espacios alejados de la tecnología<sup>3</sup>:

«El hombre solo retiene su humanidad conservando grandes espacios de simplicidad [*large patches of simplicity*] en su vida, mientras que la tendencia de la mayoría de los inventos modernos –en particular el cine, la radio y el avión– es debilitar su cons-

ciencia, anular su curiosidad, y, en general, llevarle más cerca del animal» (CW 18, 31).

Tanto el socialismo como el nacionalsocialismo eran formas de humanismo. Ambas ideologías negaban que hubiera algo más sagrado que el hombre en el universo, ambas creían que había que potenciar al hombre. Ambas creían más en el colectivo humano que no en el hombre tomado individualmente, y ambas creían que ciertas bolsas de seres humanos eran estorbo hacia el destino de una humanidad plenamente desarrollada. En el caso de los racistas alemanes, razas enteras de hombres debían ser eliminadas; en el caso de los socialistas de la URSS, era preciso eliminar todos los reaccionarios y obstructionistas. El humanismo de Orwell se apartó de ellas. Para él, el socialismo moría si abandonaba el respeto hacia el ser humano individual, si dejaba de respetar las obligaciones morales<sup>4</sup>:

«Hay que llevar a cabo revoluciones, no puede haber progreso moral sin cambios económicos drásticos, pero un revolucionario malgasta sus esfuerzos si pierde el contacto con la decencia ordinaria humana ... Tenemos que poder actuar, incluso usar la vio-

---

<sup>3</sup> Artículo en *Tribune* (11 de enero de 1946).

---

<sup>4</sup> “What is Socialism?”, en *Manchester Evening News* (31 de enero de 1946).

lencia, pero sin ser corrompidos por la acción» (CW 18, 60).

Tanto el socialismo como el nacionalsocialismo creían poder prescindir de las obligaciones morales ordinarias en aras de leyes históricas o de la naturaleza (cf. CW 12, 411)<sup>5</sup>. En el humanismo de Orwell tal operación estaba prohibida. Nadie debería abandonar la decencia común, el respeto por el individuo, aun cuando no hubiera detrás de esta obligación ninguna sanción divina. ¿En qué se diferenciaba entonces el humanismo de Orwell del de la condición media, del humanismo liberal al uso, el que habla de derechos sagrados del individuo?

Orwell tenía dos objeciones principales al humanismo liberal: su ya mencionada falta de fundamento (la imagen del avispión descabezado, o lo que es lo mismo, la acusación al humanismo liberal de haber robado el alma al hombre moderno) y su imagen mitificada del hombre como un ser cuasidivino. Solo hablaremos aquí de la

<sup>5</sup> «La fuerza motriz detrás del movimiento nazi es la creencia en *desigualdad* humana, en la superioridad de los alemanes sobre las demás razas, en el derecho de los alemanes a gobernar el mundo»: *The Lion and The Unicorn. Socialism and the English Genius* (19 de febrero de 1941) por Frederick Warburg en la colección Searchlight Books (CW 12, 411).

primera. A diferencia del liberal, el humanismo de condición media sí considera que existen realidades a las que el ser humano debe subordinarse. Cuando los especialistas han investigado esta cuestión, han afirmado que Orwell negaba toda trascendencia. Así, por ejemplo, en su obra seminal, Gottlieb afirmaba:

«Orwell insistía en que aquello que Richard Rees<sup>6</sup> llamaba ‘los valores eternos de lo sagrado’, debían ser redefinidos como valores meramente humanos, antropocéntricos, que dependieran de la relación de cada hombre hacia los demás hombres, sin depender de un modelo trascendente, super-humano –ya fuera la Ley Natural de Hitler, o las Leyes de la historia de Stalin...–, o lo que la Iglesia ha definido como el Reino trascendente de lo sagrado»<sup>7</sup>.

Gottlieb parece no comprender aquí que el escándalo que *Nineteen Eighty-Four* causa en el lector se debe a la falta de compasión y crueldad que el régimen muestra hacia las personas individuales, *pero también y sobre todo* al menosprecio

<sup>6</sup> Sir Richard Rees, amigo cercano y editor ocasional de Orwell, fue diplomático y profesor.

<sup>7</sup> E. GOTTLIEB, *The Orwell Conundrum. A Cry of Despair or Faith in the Spirit of Man?*, Carleton University Press, Ottawa 1992, 163.

a la idea de verdad, idea siempre trascendente y no manipulable<sup>8</sup>. El famoso *dictum* de Smith, el protagonista de *Nineteen Eighty-Four*, según el cual «La libertad consiste en poder decir que dos y dos son cuatro. Si se concede esto, todo lo demás viene por añadidura.» (CW 9, 84), responde a una idea trascendente de la verdad. La falta de respeto, el menosprecio hacia la verdad es el “pecado original” del régimen del *Big Brother* y la fuente de todas sus tropelías. Gottlieb no ve, como sí vio Orwell, que los regímenes totalitarios eran formas de aquel humanismo que no consideraba que hubiera algo por encima del hombre. En *The Lion and The Unicorn. Socialism and The English Genius* (1942), Orwell afirmaba que entre las clases populares inglesas existía la creencia en la trascendencia de «la ley»:

«La idea totalitaria de que no existe algo así como la ley, que solo hay poder, jamás ha arraigado [entre las clases populares]... Todavía se cree en conceptos como la justicia, la libertad y la verdad objetiva. Puede que sean

ilusiones, pero son ilusiones poderosas. La creencia en ellas influye la conducta, la vida nacional es diferente gracias a ellas» (CW 12, 397).

Gottlieb afirmaba en cambio que el humanismo de Orwell no contemplaba elementos trascendentes. Se equivocaba. La dignidad de la persona, su sacralidad radicaba en la capacidad de autolimitarse, de someterse a principios superiores. A Orwell le disgustaba que solo a través de la religión se hubiera encontrado la manera de limitar el poder del hombre, y, como decíamos, le preocupaba el abandono del cristianismo: «De alguna manera, la actitud religiosa debe ser recuperada, aun cuando la gran mayoría de la gente esté cada vez menos dispuesta a aceptar el cuerpo doctrinal disponible en occidente» (CW 17, 176)<sup>9</sup>. La religión había sido usada tradicionalmente para que “astutos sacerdotes y oligarcas” abusaran del prójimo, pero también desconfiaba Orwell de ciertas formas de humanismo (CW 17, 227): «Por otro lado, cuando los hombres dejan de dar culto a Dios, se ponen inmediatamente a dar culto al Hombre, con resultados desastrosos»<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Orwell lo expresaba así el año 1944, un par de años antes de ponerse a redactar *Nineteen Eighty-Four*, en su columna *As I please* en *Tribune* (CW 16, 89): «Lo que realmente asusta del totalitarismo no es que cometa atrocidades, sino que ataca el concepto de verdad objetiva: asegura poder controlar el pasado tanto como el futuro».

---

<sup>9</sup> Crítica de *Christianity and Democracy*, de Jacques Maritain, en *The Observer* (10 de junio de 1945).

<sup>10</sup> Crítica de Erich Kahler a *Man the Measure*, en *The Observer* (22 de julio de 1945).

En realidad, pues, aquello que más se parecía al humanismo de Orwell era el humanismo cristiano, a pesar de que en ningún caso se puede afirmar que Orwell fuera otra cosa que un ateo convencido<sup>11</sup>. En el siguiente sentido. En el lugar ocupado por el Dios de los cristianos, él colocaba la verdad, la justicia, la belleza, y ciertas normas básicas de conducta, considerándolas sagradas y trascendentes. La decencia común no era otra cosa que la expresión instintiva, bien viva en el hombre común, de que ciertas cosas no se hacen bajo ninguna circunstancia<sup>12</sup>. Era una conexión instintiva con la justicia, la verdad y la belleza. Además, estas obligaciones trascendentes coincidían con los valores cristianos, tal y como Orwell expresaba con plena consciencia (CW 18, 66): «Si nuestra civilización no se regenera, puede perecer y [los reformadores] tienen razón en añadir que,

por lo menos en Europa, su código moral tiene que basarse en principios cristianos»<sup>13</sup>.

Desde una perspectiva, sesenta y ocho años después de su muerte, entendemos que la operación que Orwell llevaba a término, apelar a la decencia natural o instintiva para dotar de inspiración a una sociedad desarraigada y desvincular la acción de un castigo o premio eternos, tenía que parecerle a Orwell un paso grave y lleno de consecuencias. Pero hasta cierto punto se trataba solo de un cambio nominal. Renunciaba a una legitimación divina de la decencia y esperaba poder fundamentarla en cierta sabiduría instintiva: el resultado final, por lo menos visto desde nuestra perspectiva, era el mismo. Su humanismo puede ser considerado post-cristiano. Contiene los mismos valores y hace la misma función que el humanismo cristiano, pero lo afirma alguien que ha abandonado sinceramente el cristianismo. Las obligaciones de las personas hacia las personas continuaban siendo igual de sagradas que antes, y en este sentido, igual de trascendentes: cual-

<sup>11</sup> Así se confesaba él mismo ya en el año 1932, en una carta a Eleanor Jaques –y no a Brenda Salkeld como erróneamente escribe Gray– del 19 de octubre de 1932: «Parece algo miserable ir a la S.C. [sagrada comunión] cuando uno no cree, pero me he hecho pasar por pío, y ahora no hay otro remedio que seguir con el engaño» (CW 10, 271). Cf. R. GRAY, «Orwell vs. God. A very Christian Atheist», *The Spectator* (11-6-2011), <https://www.spectator.co.uk/2011/06/orwell-vs-god/> (consultado el 2 de enero de 2018).

<sup>12</sup> Cf. CW 17, 165.

<sup>13</sup> El texto pertenece al tercero de una serie de cuatro artículos publicados en el *Manchester Evening News* entre enero y febrero de 1946: “3. The Christian reformers” (7 de febrero de 1946).

quier estado de excepción conducía al desastre<sup>14</sup>.

La diferencia más significativa era que los hombres quedaban dispensados de participar en la vida de la iglesia, y que esta quedaba descalificada como fuente necesaria de autoridad<sup>15</sup>. Si la verdad, la justicia y la belleza son verdaderamente trascendentes, no puede existir ninguna organización (ni eclesiástica ni política) que las represente. Solo están representadas por personas individuales que se comportan decentemente de manera natural. En la práctica, en el

---

<sup>14</sup> En su *War-Time diary*, Orwell dejó escrito: «La guerra es simplemente *el reverso de la vida civilizada*, y su lema es ‘Mal, sé mi Bien’» (CW 12, 184, subrayado mío). Orwell, a pesar de su fascinación por la violencia, consideraba la guerra como un ejemplo del estado de excepción menos deseable. Justamente en *Coming Up For Air* afirmaba: «Fishing is the opposite of war» (CW 7, 85).

<sup>15</sup> Todos los estudiosos de Orwell dedican algunas líneas a reflexionar sobre el hecho extraordinario de que Orwell, a pesar de ser bastante franco respecto a su ateísmo, mantuviera una gran fidelidad emocional a las tradiciones del anglicanismo. Orwell veía la iglesia anglicana como depositaria de ciertas tradiciones valiosas (dejó en su testamento su voluntad de ser enterrado en la iglesia y de que su hijo fuera bautizado), pero completamente vacía de autoridad en los asuntos humanos. Cf. D. J. TAYLOR. *Orwell. The life*, Vintage, London 2004, 423.

humanismo de Orwell, el hombre estaba sujeto a las mismas obligaciones que en el cristianismo.

### 3. Los falsos aliados

Sin embargo, el cristianismo y la visión religiosa del hombre eran falsos aliados en la tarea de tratar de dotar de inspiración colectiva a una sociedad desarraigada. Para Orwell, el cristianismo era incompatible con una vida terrenal plena. En primer lugar, el cristianismo consideraba que el hombre debía ser redimido de un pecado original que le inclinaba irremisiblemente hacia el mal. A eso, él replicaba que el humanismo auténtico, si bien compatible con la fe religiosa, no lo era con la idea de que el hombre tenía «una naturaleza limitada» y que uno podía dar por descontado que dejaría de comportarse correctamente solo con que tuviera «media oportunidad»<sup>16</sup>.

Y, en segundo lugar, el hombre tampoco era un santo fracasado, como muchos cristianos y personas religiosas defendían. Ser puramente humano ya era una tarea suficientemente compleja como para considerar, encima, una vocación sobrenatural. Esto también

---

<sup>16</sup> “What is Socialism?”, en *Manchester Evening News* (31 de enero de 1946) [CW 18, 61].



explica por qué su humanismo es de condición media. No había ninguna razón para aspirar a la santidad o la perfección personal. La vocación auténtica del hombre era tratar de no ser mezquino sin aspirar a la perfección; esto es, guiarse por las normas de la decencia común. Orwell sospechaba de las tendencias y aspiraciones al “desasimiento” y al “amor universal”, más que aspiraciones superiores, eran la expresión de una incapacidad: «Si se pudiera seguir hasta sus raíces psicológicas, uno descubriría, creo, que la principal razón para el ‘desasimiento’ es el deseo de escapar del dolor de estar vivo, y, sobre todo, del amor, que, sexual o no, supone mucho trabajo...»<sup>17</sup>.

Esta es la razón de ser de su humanismo, el hombre no estaba llamado a ningún estadio superior, no necesitaba ser redimido de nada o ser superado por nada: «[Swift] No sabía ver lo que cualquiera puede ver, que vale la pena vivir esta vida, y que los seres humanos, incluso siendo sucios y ridículos, son fundamentalmente decentes»<sup>18</sup>. Orwell creía que el hombre era bueno y malo. Pero no

tan bueno que pudiera ser divinizado (como en los supremos estadios históricos prometidos por el socialismo o por el nacionalsocialismo), ni tan esencialmente malo que necesitara ser redimido. Su humanismo era de condición media.

#### 4. *Coming Up for Air* y el humanismo de condición media

Este tipo de humanismo era un intento de salvar la condición del hombre corriente, magistralmente descrita en la mencionada novela *Coming Up For Air* (1939). En el personaje de George Bowling vemos esta fundamental decencia humana de la que habla Orwell, y también la combinación de idealismo y espíritu de supervivencia, de quijotismo y *sanchopancismo* de la que habló más de una vez y que conforman la esencia del ser humano. Ni el humanismo utópico ni el cristianismo perfeccionista sabían llevar bien esta mezcla de bien y mal que constituye la existencia humana. En su novela, Orwell muestra hasta qué punto la vida de clase media es perfectible, y sugiere cómo debería cambiar. Pero no es para nada un infierno que deba ser borrado. En la tierra no hay más que satisfacciones limitadas y frágiles, realidades parcialmente buenas, y que

---

<sup>17</sup> “Reflections on Gandhi”, en *Partisan Review* (enero de 1949) [CW 20, 8].

<sup>18</sup> Entrevista imaginaria. George Orwell a Jonathan Swift, grabada el 2 de noviembre de 1942, en *The Listener* (26 de noviembre de 1942) bajo el título “Too hard on Humanity” (CW 14, 161).

debemos conservarlas en su falta de plenitud.

El protagonista de *Coming Up For Air*, después de haber ganado de forma inesperada un buen pico apostando, decide ocultar el dinero a su mujer (e hijos), y visitar en secreto su pueblo natal, buscando la inspiración perdida. Le dirá a su mujer, Hilda, que tiene que asistir a una convención de vendedores de seguros. La relación con su esposa, algunos pormenores de los preparativos y el viaje mismo son fuente de una muy buena comedia, y el humor es esencial es este libro, algo que puede sorprender tratándose del autor de *Nineteen Eighty-Four*. No hace falta decir que el pueblo ha desaparecido bajo un mar de asfalto, y que Bowling debe aceptar que en el mundo moderno ya no hay lugar al que “subir a respirar”. Pero ciertos episodios de su viaje, y, sobre todo, su vuelta a casa, transmiten una mezcla de optimismo y realismo sobre las posibilidades humanas muy expresivas del humanis-

mo de condición media, propio de Orwell. Hilda, que desde el principio ha descubierto el engaño, le acusa falsamente de haber tenido una aventura. Y Bowling decide confirmarle (falsamente) sus sospechas. Ha comprendido que no hay ninguna realidad humana que no contenga mucha imperfección, y que tratar de hacer que su mujer comprenda sus aspiraciones no es realmente necesario. Una vida humanamente llena es una vida llena de defectos:

«Uno acaba concluyendo que una vida plenamente humana no es pensable sin una considerable mezcla de mal. Es obvio, por considerar solo un ejemplo, que el humor y el sentido de lo divertido, que al final dependen de la existencia del mal, no tienen lugar en las Utopías»<sup>19</sup>.

En realidad, solo por los defectos de la existencia es posible la alegría. En esto radica la originalidad del humanismo de condición media de George Orwell. ■

---

<sup>19</sup> Crítica a *An Unkown Land*, de Viscount Samuel, en *The Listener* (24 de diciembre de 1942) [CW 14, 254].